

La economía de la España del «Quijote»

Autoría: Juan Velarde Fuertes

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia económica y literatura	171-185	TDL-70-2017-171-185

TIPO DOCUMENTAL

Ensayo de historia económica

RESUMEN DOCUMENTAL

Reconstrucción del contexto económico de la España contemporánea a la publicación de Don Quijote, tomando la obra de Cervantes como referencia temporal y cultural. El autor examina problemas y estructuras económicas de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, relacionando producción, fiscalidad, precios, comercio y sociedad con el escenario histórico en el que se desarrolla la novela cervantina.

PALABRAS CLAVE

Don Quijote; Cervantes; economía española; siglo XVII; historia económica; Austrias; literatura; sociedad

CITA BIBLIOGRÁFICA

Juan Velarde Fuertes. «La economía de la España del «Quijote»». Torre de los Lujanes, n.º 70, 2017, pp. 171-185. ISSN 1136-4343.

LA ECONOMÍA DE LA ESPAÑA DEL “QUIJOTE”

JUAN VELARDE FUERTES

El tiempo del “Quijote”. ¿Cómo era, en lo económico, aquella España contemporánea con la aparición del *Quijote*? Como es bien sabido, Cervantes publica la primera parte de su fundamental novela en 1605; la segunda, va a aparecer en 1615. Debe destacarse, como señala Martín de Riquer que “el *Quijote* es una narración contemporánea a su publicación”. No en vano empieza consignando que las aventuras del hidalgo manchego ocurrieron “no ha mucho tiempo”¹. Para mí un libro cuya más antigua edición conocida va fechada en 1605, ésta tan vaga referencia podría hacer suponer que la acción transcurrió a finales del siglo XVI o a principios del XVII. Lo perogrullescamente cierto es que el final de la primera parte del *Quijote*, cuando el protagonista es llevado a su aldea enjaulado en el carro de bueyes, no puede ser posterior a 1604. La acción de la segunda parte del *Quijote* se inicia “casi un mes” después del final de la primera². Como todo transcurre en verano, la más elemental lógica obliga a creer que la acción sigue ocurriendo en aquel año, que en modo alguno puede ser posterior a 1604, porque el libro es de 1605.

Parece claro el deseo de exponer acontecimientos contemporáneos, lo que obliga a presumir que un sustrato también contemporáneo, estaba en el propósito de Cervantes. Eso nos explica, en primer lugar, que la economía que subyace en la obra era la de los inicios del siglo XVII, un momento muy importante de la Historia de España, que mil veces se ha considerado de decadencia, de catástrofe en lo económico.

Esta visión era explicable. Reinaba entonces en España, dentro de un singular régimen político, la dinastía Habsburgo-Trastámara. A comienzos del siglo XVIII, con otra dinastía, llega otro régimen político diferente, que consideraba enemigos a los Habsburgo, con cuyo pretendiente a la Corona de España, el Archiduque Carlos, el hijo de la infantita rubia, doña Margarita, del cuadro de *Las Meninas*, ha contendido duramente el nuevo rey, de la dinastía de Borbón, Felipe de Anjou. Los *ilustrados*, que nacen en torno a la nueva realidad política,

1 Las citas que se hagan de los textos del *Quijote* se efectúan por la edición del libro de Miguel Cervantes Saavedra. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en el “texto fijado y comentado por Martín de Riquer, de la Real Academia Española” a partir, la primera parte, de la edición principal de Juan de la Cuesta, Marid, 1605”, y la segunda parte, “a partir de la edición principal de Juan de la Cuesta, Madrid, 1614”, Galaxia Gutenberg, 2002 en adelante *Don Quijote*, ob. cit. “No ha mucho tiempo vivía”; en *Don Quijote*, ob. cit., primera parte, capítulo I, pág. 67.

2 “Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte de esta historia, y tercera salida de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle...”; en *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo I, pág. 21.

aunque sean intelectualmente herederos de los novatores del régimen anterior, ponen todo el énfasis imaginable en demostrar que era decadencia suma lo que acababa de desaparecer en la Guerra de Sucesión, una contienda que dejaba, además, pérdidas tan notables como las de Flandes, Gibraltar, Menorca, el Ducado de Milán y definitivamente la proyección hacia el centro de Europa. En adelante no se va a discutir al aliado francés, por mucho que lo pretenda la organización secreta guerrillera “los lobos de la noche” en el Franco Condado, o por mucho que irrite históricamente lo que sucede en “el Rosellón, Montpellier i Carlades”, el reino de Aragón transpirenaico, que tanta importancia había tenido siempre. Esas heridas también había que echarlas encima del desaparecido régimen de los Felipes y los Carlos, para que se dé la bienvenida a algo radicalmente nuevo.

Una glosa de Llopis Agelán. Pero existe actualmente un cambio de perspectiva extraordinariamente importante. Ahora ya es posible hablar con más serenidad, de todo esto. Es general, además, este nuevo planteamiento, en relación con toda la historiografía europea referida hoy a esa época. Escribirá por ejemplo Enrique Llopis Agelán en el Prólogo al libro colectivo El legado económico del Antiguo Régimen en España³ que “distintos historiadores del Viejo Continente han puesto de manifiesto que los cambios registrados en algunas economías de Antiguo Régimen tuvieron un alcance mayor del que admitíamos anteriormente: 1) los mercados, al menos los de productos, comenzaron, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XVII, a integrarse y a funcionar mejor; 2) las diferencias económicas entre los distintos territorios europeos se ampliaron notablemente a partir de mediados del Seiscientos; y 3) los resultados económicos de algunas regiones y países de la Europa noroccidental durante la Edad Moderna refutan la vieja tesis de la imposibilidad de que tuviera lugar un crecimiento apreciable y sostenido en economías de Antiguo Régimen”. Y más adelante, en el ensayo España. La “Revolución de los modernistas” y el legado del Antiguo Régimen reitera⁴: “Aunque subsisten numerosas zonas oscuras y diversas polémicas relevantes, es indudable que nuestra visión de la economía de la Europa moderna se ha modificado en las dos últimas décadas: el pesimismo ha ido cediendo a favor de un cierto optimismo con matices de mayor o menor enjundia. En varios campos, esta renovación del conocimiento histórico, calificado por algunos de revolt of the early modernist⁵, ha venido a refutar o cuestionar ideas que la historiografía consideraba sólidamente establecidas hace menos de un cuarto de siglo: 1) frente a la tesis de que las economías del Antiguo Régimen eran incapaces de generar crecimiento a largo plazo, los resultados de diversos trabajos de reconstrucción de macromagnitudes apunta a que, entre los años 1500 y 1800, el PIB por habitante aumentó ligeramente en el conjunto de Europa y de un modo bastante notable en la parte noroccidental de este continente; 2) la evolución del tamaño de la marina mercante europea, la urbanización y el desarrollo de la protoindustria sugieren que el peso relativo de los sectores con rendimientos crecientes aumento a costa de la contribución del sector agrario, sobre todo en los países de mayor dinamismo

3 Crítica, Barcelona, 2004, pág. 8.

4 Ob. cit., págs. 11-76; la cita que sigue, en las págs 11-12.

5 Se refiere Llopis Agelán a J. de Vries, The Industrial Revolution and the Industrious Revolution, en The Journal of Economic History 1994, vol. LIV, n.º 2, pág. 264, y a J.L. van Zanden, The “revolt of the early modernist” and the “first modern economy”: an assessment, en Economic History Review, 2002, I, V, n.º 4, pág. 620.

económico, 3) el consumo de bienes duraderos y semiduraderos, se elevó en los siglos XVII y XVIII, especialmente en los países de la Europa noroccidental; 4) los mercados de bienes y los de trabajo comenzaron a integrarse, y a funcionar algo mejor bastante antes de la industrialización, si bien las regulaciones y las demandas de protección al consumidor siguieron teniendo una importancia nada desdeñable en las economías de la mayor parte de los países europeos antes de comienzos, o, incluso, de mediados del siglo XIX; 5) los cambios económicos e institucionales registrados en la Edad Moderna desempeñaron un papel bastante más relevante del que veníamos atribuyéndole en la industrialización y el crecimiento económico moderno decimonónico; y 6) el crecimiento potencial de las economías europeas durante el Antiguo Régimen fue a menudo significativamente superior al alcanzado en realidad”.

También de la mano de Llopis Agelán debemos agregar una restricción más a todo esto, que sirve para dejar en su justo límite lo que de verdad sabemos de la economía que rodeaba a la vida de don Quijote de la Mancha. Los datos del PIB por habitante de España que ofrecen van Zanden⁶, los de Angus Maddison –sobre el que volveremos– y los de Albert Carreras, se basan en la investigación de B. Yun, Proposals to quantify long-term performance in the Kingdom of Castile 1550-1800⁷, que es un estudio sólo preliminar para la Corona de Castilla. Tampoco las estimaciones de productividad de los trabajadores en la agricultura pueden aceptarse sin notables reservas. Pero, como decía Flores de Lemus, eso es lo que tenemos y peor fuera no disponer ni siquiera de esas estimaciones. Sinteticemos, pues, lo que ahora sabemos, con todas esas salvedades, España, entre los 16 países europeos entonces más importantes, ocupaba en 1600 por su PIB por habitante el puesto sexto, y prácticamente –su índice de convergencia era del 95,8%– estaba en la media del conjunto europeo, y si se da el 100 a la media de los doce países europeos hoy más desarrollados –Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Noruega, Suecia, Suiza y el Reino Unido– España tenía un índice de 106,89.

España fue, además, con un 29,05% de 1600 sobre 1500, la tercera nación en crecimiento del PIB por habitante de 1500 a 1600, después de Holanda y Gran Bretaña. El total de Europa, incluyendo los trece países pequeños no recogidos en la relación anterior creció un 15,43%, prácticamente el mismo porcentaje que el incremento de Francia y Alemania. Impresiona, pues, el crecimiento español en el siglo XVI.

Los datos que ofrecen van Zanden y Herlings⁸ de PIB por habitante no presentan las cifras de 1500 para España; sí las de 1570. Para un conjunto de seis países –Italia, Bélgica, España,

6 En el ensayo de J.L. van Zanden, De laatste ronde van pre-moderne economische groei, en Bijdraguen en Mededelingen betreffende de geschiedenis der Nederlanden, 1997, vol. 112.

7 Véase el trabajo dirigido por Angus Maddison y H. Van der Wee, Economic Growth and Structural Change. Comparative Approaches over the Long Run, en los Proceedings de la B.13 Session del Undécimo Congreso Internacional de Historia Económica, Milán, 1994.

8 Cita Enrique Llopis Agelán en relación con este cálculo, en ob. cit., págs. 14 y 76, el trabajo de J.L. van Zanden y E. Herlings The rise of the european economy, 1500-1800 en la obra dirigida por D.H. Aldcroft y A. Sutcliffe, Europe in the International Economy. 1500 to 2000, Edward Elgar, Cheltenham, 1999, pág. 18.

Holanda, Polonia y Reino Unido-, España no queda, con el puesto 3/4 compartido con Holanda, precisamente en mala situación.

Estar situados en las magnitudes macroeconómicas holandesas y muy por encima de las británicas sorprende un poco. Pero aun sorprende más, en otro sentido, la estimación de Albert Carreras⁹. Si al PIB por habitante le damos el valor 100 en 1500, el de la época quijotesca 1590-1600 se sitúa, para Carreras en el valor 74,32%. Una disminución de un 25,68% en ese siglo no parece verosímil y, por supuesto, nada tiene que ver con los puntos de vista de Maddison y de van Zaden y Herlings. Muy probablemente, para explicar esa disparidad, hay que sumarse a lo que dice Llopis Agelán¹⁰, quien indica que esa pretendida “caída tuvo lugar en un periodo en el que el peso de la población urbana aumentó de un modo notable en España. Es muy probable que la renta per capita descendiera en el último tercio el siglo XVI pero en las seis o siete primeras décadas de dicha centuria, había aumentado. Por consiguiente es poco verosímil que el PIB por habitante hubiese podido descender algo más de un 25% de 1500 a 1590-1600. Tal vez Carreras infravalora el nivel de población española hacia 1500, lo que le induce a sesgar al alza el PIB por habitante a comienzos de la Edad Moderna”. Sencillamente, dice también Llopis Agelán¹¹, al sustituir la población que emplea Carreras para 1500, que se basa en la estimación de Nadal, que hasta hace poco era la que considerábamos todos que era la mejor presentación de la evolución demográfica española¹², por la cifra reciente de Pérez Moreda¹³ para 1500, esa caída de más del 25% sería de algo menos del 15%.

También Llopis Agelán nos ofrece otros índices, relacionados con la realidad agraria, tomados de R.C. Allen¹⁴. Por supuesto que, si las cifras son ciertas, fue importante la caída del producto agrario por habitante en el periodo 1500-1600. En 1500, el Producto agrario por habitante español era un aceptable 80% de la cifra media inglesa; en 1600, en la caída general de estos índices respecto a 1500, la cifra española como consecuencia del fenómeno de paso a otros sectores, desciende, pero no da la impresión de que su alteración haya sido demasiado profunda. Más que España, caen, por este orden, Francia, Polonia, Alemania, Inglaterra y, sobre todo, Austria. Aunque con algunas cifras por debajo de las de España, Bélgica y Holanda, o sea Flandes, había caído prácticamente como nuestra nación. El único país que no había sufrido nada era Italia.

9 Cfs. Albert Carreras, *Modern Spain*, en la obra dirigida por J. Mokyr, *The Oxford Encyclopedia of Economic History*, Oxford University Press, Oxford, 2003, vol. 4, pag. 547

10 Enrique Llopis Agelán. ob. cit., pág. 15.

11 Enrique Llopis Agelán, ob. cit., pág. 60, nota 23.

12 Cfs. Jordi Nadal, *La población española. Siglos XVI-XX*, edición corregida y aumentada, Ariel, Barcelona, 1984

13 Cfs. V. Pérez Moreda. *La población española en tiempos de Isabel I de Castilla*, en la obra dirigida por Julio Valdeón, *Sociedad y Economía en tiempos de Isabel la Católica*, Instituto Universitario de Historia de Simancas. Ámbito, Valladolid, 2002.

14 Cfs. R.C. Allen, *Economic Structure and agricultural productivity in Europe, 1300-1800*, en *European Review of Economic History*, 2000, n° 4, págs. 19-20.

Otra magnitud diferente es la del producto agrario por trabajador. En 1500 la cifra española mostraba una productividad muy aceptable: el 93,6% de la media de los nueve países más significativos. En 1600 la cifra era menor en todos, salvo en Italia. La caída de menor a mayor sitúa a España, en un muy aceptable quinto puesto, si tenemos en cuenta las estimaciones mencionadas de Allen. Si lo que se emplea para medir la productividad es a van Zanden y Herlings¹⁵, teniendo presente, para eso, el número de familias alimentadas por cien familias de agricultores, el resultado es realmente excelente para España. Cien familias de nuestros agricultores alimentan a 130 familias en 1600 y sólo alimentaban a 114 en 1500. lo que supone un aumento del 14,04 por 100, el más alto esfuerzo del conjunto de los seis países estudiados, Bélgica, Francia, Italia, Inglaterra y Gales, Polonia y España, o lo que es igual, el mayor esfuerzo, en este sentido, al medir productividad agrícola del siglo XVI, corresponde a España.

Interesa también conocer la caída del poder adquisitivo en el mundo de los trabajadores, que se ha estimado por Allen sobre la base de los salarios de le albañiles 100 = Londres 1500-1549, y van Zanden en litros de trigo, para medir la capacidad adquisitiva del salario diario. En el primer caso podemos observar la disminución o aumento que existe en torno al periodo del Quijote, al comparar el salario de 1550-1599, con el salario de 1600-1649. Como para el segundo se conoce la capacidad adquisitiva en trigo en el periodo 1600-1620, al comparar los datos españoles con los de otros países para esa fecha, se observa que la capacidad adquisitiva del salario diario de los albañiles, en litros de trigo, en 1600-1620, en Valencia y Sevilla es la segunda registrada en Europa -la primera es Holanda-, y por encima de París, Viena, Gante, el Sur de Inglaterra y Florencia y Milán. Por lo que se refiere al movimiento de los salarios en 1600-1640, respecto a 1550-1599, en Valencia y Madrid se debe anotar una pequeña baja, muy poco significativa.

Esto se confirma, para España, con la estimación de Feliú¹⁶, también en litros de trigo, de cinco oficios en Cataluña, en torno a la época del Quijote: en 1551-1600 y en 1601-1650.

En cambio, en esta etapa de la publicación por Cervantes del Quijote no sucede lo mismo en relación con los pastores de la cabaña trashumante del monasterio de Guadalupe, cuyas retribuciones tenían una capacidad adquisitiva de 35,19 fanegas de trigo en 1535 y sólo de 22,19 en 1612¹⁷.

También al conocer, de la mano de Llopis Agelán, datos de población nos encontramos con una positiva realidad española, pues de 1506 a 1591, la española crece en un 23,64%, prácticamente el mismo porcentaje que la media de la Europa mediterránea y la Europa cen-

15 Cfs. van Zanden y Herlings, ob. cit., pág. 28.

16 Cfs. G. Feliú, Precios y salarios en la Cataluña moderna, volumen II, Combustibles, productos manufacturados y salarios. Banco de España, Madrid, 1991, págs. 88-121.

17 Cfs., citado por Emilio Llopis Agelán en ob. cit., pág. 20, el trabajo conjunto de éste con F. Pavón, Notas sobre las cabañas ovinas del monasterio de Guadalupe en los siglos XV y XVI, en el volumen coordinado por M. A. Melón, A. Rodríguez Grajería y A. Pérez Díaz, Extremadura y la trashumancia (siglos XVI-XX), Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1999, pág. 69.

tral, un poco por debajo de la Europa oriental, y clarísimamente menos que la Europa noroccidental: Inglaterra y Gales, Holanda -no Bélgica- y Escandinavia.

Teniendo en cuenta que es absurdo considerar estas cifras como absolutamente seguras, es evidente que el crecimiento demográfico español es análogo en este periodo a la media europea y sólo con claridad es menor que el de la Europa noroccidental. En concreto, sí queda claro el bastante menor pulsar de la demografía española, respecto a la noroccidental.

A mi juicio mucho más significativo que el crecimiento de toda la población, a efectos de medida del bienestar, está el aumento de la población urbana. No sólo porque ésta suele ligarse, sobre todo en los procesos protoindustriales, a los sectores con rendimientos crecientes, sino porque el fenómeno migratorio interno, o sea, hacia la ciudad, muestra que en ésta el bienestar material era mayor. En el momento final del siglo XVI las cifras de la población urbana, ordenadas por el porcentaje respecto al total, con el 13,8% nos sitúan sólo detrás de Holanda, Bélgica, Italia y Portugal. O sea que las cifras españolas, en este sentido son realmente muy altas en ese momento histórico. Pero ha de tenerse en cuenta el peso que en España poseen, sobre todo en las zonas latifundistas, las grandes aglomeraciones urbanas de gente que vive de y para el campo.

Todo este panorama, no excesivamente preocupante, de la economía española en tiempos del Quijote, va a tener, prácticamente a partir de ahí, un hundimiento. Los siglos XV y XVI no fueron, en conjunto, malos, sino incluso con muchos datos positivos, aunque deben siempre matizarse. Dirá, por ejemplo, Llopis Agelán: “Las desventajas del medio físico para el desarrollo de los mercados fueron en parte contrarrestados por factores históricos: la temprana expansión urbana y la creación de una apreciable infraestructura para el transporte terrestre”. En Castilla, los progresos globales de su agricultura, según Marcos Martín “fueron modestos y poco duraderos”¹⁸, aunque a finales del siglo XVI es imposible que esto originase problemas muy serios, por mucho que ya comenzasen a moverse las oligarquías locales para controlar “el oro de los patrimonios concejiles y, por tanto, sobre las reservas de suelo agrícola y pecuario”¹⁹.

Además, esto se percibe claramente en un cambio en la orientación del pensamiento económico español. En la etapa de auge, los economistas de la Escuela de Salamanca -muy relacionados buena parte de ellos con Francisco de Vitoria-, intentaron eliminar trabas para que el proceso capitalista que se afianzaba en España y su opulencia no tuviese trabas. Así se explica la crítica a las doctrinas del precio justo, al decidirse que las cotizaciones se han de fijar por la oferta y la demanda y, como aclarará antes que nadie la que llamó Oreste Popescu la Escuela de Chuquisaca, derivada de la de Salamanca, también la oferta monetaria influirá en el precio, de manera muy clara, apareciendo por primera vez en el pensamiento económico, el cuantitativismo. Domingo de Soto, y no digamos Pedro de Valencia, defenderán el libre mercado. Martín de Azpilcueta, en Coimbra y en Salamanca, defenderá la licitud del cobro del interés,

18 Cfs. A. Marcos Martín, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII: Economía y Sociedad*, Crítica. Barcelona, 2000, págs. 347-3

19 Cfs. Enrique Llopis Agelán, ob. cit., pág. 64, nota 95.

como pago del tiempo, del modo que más adelante hará Bohm-Bawerk. Nada digamos de las doctrinas de Fray Tomás de Mercado.

Todo eso cambió bruscamente un poco después de entrar el siglo XVII. Domínguez Ortiz señalará la coexistencia de la corrupción en tiempos de Lerma, las guerras interiores -la de la secesión de Portugal, la de Cataluña-, las luchas continuas con Francia, nuestra participación en la Guerra de los Treinta Años, basadas, como dice este historiador, en que “toda la historia política de nuestro siglo XVII se resume en... (una) lucha desesperada por mantener una posición hegemónica heredada por azares dinásticos reforzados por imperativos ideológicos”. Todo esto se transforma en un esfuerzo tributario que frena el desarrollo, complicado con bancarrotas que habían comenzado previamente, pues sólo Felipe II tuvo tres. Ahora que hemos visto las consecuencias de la crisis de la deuda externa en Iberoamérica, comprendemos muy bien su gravedad, y que ésta aumentase al buscar como escapatoria, la inflación del vellón. Agréguese el fuerte coste en muchas partes de la expulsión definitiva de los moriscos en 1609-1610, de lo que en el Quijote hay ya abundantes noticias, y el descontento derivado de que los impuestos verbi gracia, el de millones repartían muy desigualmente la carga, encargándose las oligarquías locales de completar ese agobio para las clases menos pudientes. No olvidemos tampoco una crisis agraria creciente, con choques importantes entre ganaderos y labradores, y una sobreimposición en el campo: los agricultores ven caer sobre ellos impuestos estatales, señoriales y eclesiásticos, aparte de rutina en monocultivos empobrecedores, y cómo se estrechan los mercados, mientras que las Indias ofrecen menos rendimientos por causas bélicas: recuérdese, por ejemplo, el asunto de Bahía y su control por los holandeses-, hasta llegar, en lo que era el nervio lógico de nuestra vida económica, la producción rural, a contemplar una pauperización creciente de los labradores. Esto lleva a un incremento de la concentración de la propiedad rural y al aumento de las manos muertas, tanto nobiliarias como eclesiásticas. La industria entra en crisis por la conjunción de salarios elevados, trabas gremiales, deficiencias técnicas, descapitalización y cierta influencia en el espíritu empresarial de lo que podemos llamar, el hidalguismo. Con la bancarota de 1665 se hunde la Banca existente. El crédito se refugia en mercados importantes y en los cabildos catedralicios. Añadamos la crisis típica de una estabilización que se originó al cortar la inflación del vellón: los tipos de interés crecieron vertiginosamente.

La literatura económica decayó. De aquellos grandes economistas de Salamanca que tan bien historia Margaret Grice-Hutchison, se pasó a los arbitristas, porque hay que imaginar algo para escapar de estos tremendos problemas. Como dice el profesor Luis Perdiges “se busca -agobiadoramente- un remedo”.

El jesuita Padre Mariana condenará la inflación, a partir de su De monetarum mutatione, de 1609. Sancho de Moncada, en La restauración económica de España, trata de ver cómo el incremento de la población puede ayudar al desarrollo. Y vendrán los Fernández de Navarrete, los Martín González de Cellorigo, los Martínez de Mata, los Alberto Struzzi, los Diego José Dormer, o los Miguel Álvarez Osorio y Redín, intentando vislumbrar remedios.

En ese momento del paso de una situación a otra, actúa Don Quijote de la Mancha. Todavía quedan mil estructuras favorables de los buenos viejos tiempos.

Don Quijote recorre nuestra economía. Por tanto, cuando Don Quijote inicia sus andanzas, que le iban a llevar de algún lugar manchego a Barcelona, pasando por el Valle del Ebro, no contempla, para las magnitudes de entonces, ningún panorama propio de una economía en decadencia o con niveles altos de pobreza. Incluso los grandes trastornos del Antiguo Régimen se van a experimentar más tarde.

Pasemos a observar cómo se ofrece en esta novela un contraste lógico de este panorama que acabo de describir. Por supuesto que no me puedo referir a esas cuestiones de análisis económico que se deslizan en cualquier escrito inteligente. Pongo por caso el de la renta del consumidor que se ofrece cuando Cervantes, en el Alcaná de Toledo, compra a un muchacho la Historia de don Quijote de la Mancha escrita por Cide Hamete Benenqeli, historiador arábigo, “por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo lo deseaba, bien pudiera prometer y elevar más de seis reales de la compra”²⁰. Pero aquí no se trata de seguir el camino, deliciosamente ingenuo del Cervantes geógrafo de Fermín Caballero, y transmutarlo en Cervantes, economista. Lo único que intento es completar la visión de una realidad económica, la española, en una frontera tan interesante como fue la del siglo XVI con el XVII, tal como se puede percibir gracias a este maravilloso espejo puesto en la orilla del camino de la realidad española de todo tipo que es, por fuerza, el Quijote. Muchas cuestiones económicas tratadas en el Quijote se han señalado de la mano de otros investigadores. Merece la pena, sin embargo, hacer unas anotaciones finales después de una nueva lectura de esta magnífica novela. Y en ella, de inmediato, muy en primer lugar, lo que va a resplandecer son aventuras de una persona que hoy calificaríamos de clase media, sin especiales agobios económicos, aunque sin ningún tipo de opulencia. Don Quijote es hidalgo. Hace tiempo que yo señalé cómo los hidalgos en España constituían un grupo social típico medio, sin que jugase para él casi nada de eso del “honor” del que se habla en un ensayo muy conocido de García Valdecasas²¹. Los datos que se ofrecen del nivel de vida del Ingenioso Hidalgo, de su alimentación, vestido, servicio doméstico, capacidad de compra de un artículo caro, como entonces era un libro, y los

20 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo IX, pág. 110. Resulta curioso estimar lo que significaba aproximadamente esa cuantía que estaba dispuesto a pagar por los manuscritos Cervantes, con esos “más de seis reales”. Eran tres cuartas partes de un real de a ocho, o sea 20,625 gramos de plata. Por otro lado, un real eran 34 maravedís, o los seis 204. Un huevo, según E. J. Hamilton, en El tesoro americano y la revolución de precios en España 1501-1650, Barcelona, 1975, pág. 388, valía 5,22 maravedís. Luego tenía un equivalente a 39 huevos. Según la misma fuente, un litro de leche valía 40 maravedís. Por tanto equivalía a 5 litros de leche. Conocemos por el trabajo cit. de Llopis y Pavón que un pastor de la cabaña ovina transhumante del monasterio de Guadalupe ganaba, en 1612, aproximadamente 10.000 maravedís. Por tanto, adquirir esos papeles de Cide Hamete Benengeli equivalía a un 2% de ese salario. Como hay que suponer que ese salario, por ser el de un trabajo duro y especializado, era de los altos, esa cifra era, evidentemente, considerable. Mírese como se mire, el 2% de una renta anual es una cifra, efectivamente, importante. Hoy -21 de agosto de 2016, en el mercado de Aviles una docena de huevos cuesta 1,20 euros, y 1 litro de leche 0,13 euros. Por consiguiente, los papeles, hoy, valdrían entre 3.90-4,65 euros. Pero eso no significa nada en términos de rentas, porque la productividad ha aumentado de modo gigantesco.

21 Cfs. Juan Velarde Fuertes, Datos empíricos sobre el papel económico de la baja nobleza española, en Revista de Trabajo, 1968, II época, n° 20, págs 83-114 y El problema del talante económico del español. Un intento de revisión partiendo del papel económico de la baja nobleza, en Hidalguía, julio-agosto 1969, año XVII, n° 95, págs. 481-512

temas de su conversación habitual con maese Nicolás, el barbero, y con el cura, “un hombre docto, graduado en Sigüenza”, una Universidad de segundo orden de aquel momento²², dan pistas importantes. Pero, lo para mí verdaderamente notable es que toda la obra se desliza en torno a problemas que hoy calificaríamos como los económicos de las clases media, alta y baja, con alguna excursión hacia la alta nobleza; también hacia realidades de la delincuencia. Prácticamente nunca se encuentra, al aludir al proletariado, con situaciones de miseria, o ambientes que bien conocemos todos, de indignancia tal que sean los propios de un país subdesarrollado. Además, de inmediato choque de don Quijote con los mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia²³ o con los frailes de San Benito que acompañaban a “una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con “un muy honroso cargo”²⁴, va a convivir, de ahí en adelante, con toda una serie de mecanismos típicos de una sociedad capitalista que ya comienza a asomarse a realidades muy complejas, que habían arraigado, además, ya lo suficiente recuérdese el texto de la letra de cambio de los pollinos-, como para que no produzcan una sensación de novedad. Se citan esas realidades como cosa normalísima.

La aventura de los molinos de viento²⁵, muestra, en cambio, el asombro ante la innovación. Se trataba de una tecnología de Normandía, Bretaña y Holanda. El molino de viento se había convertido “en el principal móvil de los llanos terrenos del norte de Europa, sometidos a las tempestades atlánticas”²⁶. En esta zona seca y llana manchega se adoptaba para sustituir a los molinos movidos por un agua que escaseaba, porque en aquella época, sin necesidad de que se hubiese emitido CO₂, existió una notable sequía. Esto prueba, también, que la capacidad de adaptación a situaciones tecnológicas nuevas era grande, o lo que es igual, que no existían tendencias rutinarias en el aparato productivo español. En 1588 Ramelli publicó en Le Diverse e Artificiose Machine el diseño de una torre-molino para bombeo de agua, exactamente igual a la que por aquel entonces se comenzaba a emplear en las llanuras manchegas.

Existe, también un orden jurídico importante, sin el que resulta absurdo pensar en un significativo desarrollo económico. Se trasluce una y otra vez en esta obra. Se suele citar la reclamación del yelmo de Mambrino, y la acción de las cuadrillas de la Santa Hermandad²⁷. Yo lo observé en toda la obra, a partir del susto de los arrieros gallegos, o yangüeses –esto es, de Yanguas, sea esta localidad la soriana o la segoviana- cuando desaparecen por creer que han dejado peor de lo que están, a don Quijote y a Sancho, después de una soberana paliza. Si no existiesen mecanismos jurídicos para imponer la paz y el orden, no se explica lo de

22 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo I, pág. 67

23 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo IV, pág. 83.

24 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo VIII, pág. 103.

25 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo VIII, págs. 101-102.

26 Cfs. Rupert May, La primera tecnología moderna hasta 1600 en la obra dirigida por Melvin Kranzberg y Carroll W. Pursell Jr., Historia de la Tecnología. La técnica en Occidente de la Prehistoria a 1900, trad. de Esteve Rimbau i Sauri, Gustavo Gili, Barcelona, 1981, vol. I, págs. 104-105.

27 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulos XLIV, XLV y XLVI.

que “viendo, pues, los gallegos el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino”²⁸. Sucede lo mismo con los pastores y ganaderos que venían con los ganados que don Quijote toma por las tropas del emperador Alifanfarón dispuestas a enfrentarse con los ejércitos de Pentapolin del Arremangado Brazo, quienes la emprenden a pedradas con las hondas contra él: “Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron”²⁹. Lo mismo sucede con el asunto de los disciplinantes, que hacían rogativas y procesión a causa de la ya reseñada sequía extrema de aquella época:

“Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra”³⁰. Cuando el disciplinante da un palo con la horquilla rota a Don Quijote, y logra que “el pobre don Quijote... (se viniera) al suelo muy mal parado..., lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullía pie ni mano; y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica a la cintura, y dio a huir por la campaña como un gamo”³¹.

Las consecuencias, e incluso la realidad de todo lo relacionado con los galeotes y el que don Quijote hiciese disparates en esta ocasión, tiene el complemento de estos mensajes: “Entristeciósese mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia a la Santa Hermandad, la cual, a campana herida, saldría a buscar a los delincuentes, y así se lo dijo a su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra, que estaba cerca...”³².

Claro que esta Administración tenía visos evidentes de corrupción. Son clarísimos en La carta de Sancho Panza a Teresa Panza, su mujer, el 20 de julio de 1614, la única fecha que se da, y que ha obligado a más de una consideración de por qué lo hizo Cervantes, siempre muy cuidadoso de esas cosas, pero no es cuestión relacionada con lo que ahora nos ocupa. Escribía Sancho: “De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo”³³, lo que también parece ratificar el duque: “Lo que puedo dar, os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos sabéis dar maña podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo”³⁴.

28 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo XV, pág. 140.

29 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo XVIII, pág. 158.

30 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo LII, pág. 375.

31 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo LII, pág. 376.

32 Don Quijote, ob. cit., primera parte, capítulo XXII, pág. 185.

33 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo XXXVI, pág. 189.

34 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo XLII, pág. 210.

En relación con el entramado jurídico existente, merece la pena una observación sobre las relaciones laborales en aquellos tiempos. Se ofrece al finalizar la aventura de los batanes, vinculados por cierto a una industria textil manchega de algún volumen. Todo se aclara con este diálogo: “...Mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced si no fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural.

“-Desa manera: -replicó don Quijote-, vivirás sobre la haz de la tierra, porque después de los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fuesen”³⁵.

Volviendo a la aventura de los galeotes, creo que conviene hacer una observación. Efectivamente, pueden ser “galeotes, gente de Su Majestad, que iba a galeras”³⁶, pero es posible que, como otras expediciones análogas en aquellos tiempos, fuesen forzados para trabajar en las insanas, pero muy necesarias para una potencia económica basada en el beneficio de la plata, minas de azogue en la manchega Almadén.

Un detalle interesante en relación con la moneda, es el que se expone de pasada, mostrando cómo se distribuía ésta: “El del Verde Gabán... tendió la vista por todas partes, y no descubrió otro cosa que un carro que hacia ellos venia, con dos o tres banderas pequeñas, que le dieron a entender que el tal carro debía de traer moneda de Su Majestad”³⁷.

Al relatar el final de la aventura de Juan Haldudo el rico y de Andresillo del capítulo IV de la primera parte, en el XXXI de esta misma parte, conocemos la existencia de algún tipo de prestación sanitaria para los humildes: “No sólo no me pagó -respondió el muchacho-, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió a atar a la misma encina, y me dio de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado...: él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo”³⁸.

Un índice de un nivel de vida que no debía ser absolutamente extraño en España, aunque su exposición podría ponerse en una especie de estado ansiado de vida de la clase media, es el del Caballero del Verde Gabán: “Yo, Señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico, y es mi nombre Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos, y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros... Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites, limpios y ascados, y no nada escasos...; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las

35 *Don Quijote*, ob. cit., primera parte, capítulo XX, pág. 172.

36 *Don Quijote*, ob. cit., primera parte, capítulo XXII, pág. 181.

37 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo XVII, pág. 93.

38 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo XXXI, pág. 253.

buenas obras...”³⁹. La descripción de la casa del Caballero del Verde Gabán también es interesante: “Ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio, la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda,... por ser del Toboso”. El resto del mobiliario lo despacha con que era lo que contenía “una casa de un caballero labrador y rico”⁴⁰. La comida que él del Verde Gabán ofreció a don Quijote, fue abundante y sabrosa”⁴¹.

Este observar en el campo gentes bien alimentadas, que viven con sosiego, que buscan entretenimientos de cierto fuste, es continuo. Un ejemplo puede ser “la docena de hombres, vestidos de labradores” que, “encima de la yerba de un pradillo estaban comiendo... Junto a sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba..., unas imágenes de relieve y en tabla dura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea”⁴². Dígase lo mismo de lo que, por un lado, comen don Quijote y Sancho, y por otro don Juan y don Jerónimo en la venta donde se hace la crítica al *Quijote* de Avellaneda⁴³. Otro, el caso de una Arcadia que es mencionado así: “Detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo, ahí están tendidas; y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres e hijas, vecinos, amigos y parientes, nos viniésemos a holgar a este sitio, que es uno de los más agradables de estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia”⁴⁴, vistiéndonos las doncellas de zagalas y los mancebos de pastores. Tenemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ágora no hemos representado... Acudieron a las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias”⁴⁵.

Si se tienen en cuenta las cifras de equivalencia y de capacidad de compra de la moneda de entonces, parece bastante evidente que no era escasa una cierta opulencia en don Quijote. Tras el estropicio al retablo de la libertad de Melisenda, se lee: “Desta manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros, con satisfacción de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono”. La respuesta de don Quijote fue: “Dáselos, Sancho...” Y finalmente, “ya después de amanecido, se vinieron a despedir de don Quijote el primo

39 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo XVI, pág. 90

40 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo XVIII, pág. 99.

41 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo XVIII, pág. 101.

42 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo LVIII, pág. 279.

43 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo LIX, págs. 287-288

44 Un siglo exactamente después, esas fábulas serían las que generarían una serie de sociedades de diversión secretas y semisecretas, que, como se ve, no sólo imitaban a la francmasonería, sino a todas estas Arcadias.

45 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo LVIII, págs. 282-284.

y el paje: el uno, para volverse a su tierra; y el otro, a proseguir su camino, para ayuda del cual le dio don Quijote una docena de reales... El ventero que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor"⁴⁶. Muy poco después, al llegar al río Ebro, se explicitan nuevos desembolsos. El final de la aventura del barco encantado es ésta: "Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, a quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y, viéndole roto, acometieron a desnudar a Sancho y a pedir a don Quijote se lo pagase, el cual, con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo a los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana... En diciendo esto, se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dio Sancho de muy mala gana diciendo: -"A dos barcadas como ésta, daremos con todo el caudal al fondo"⁴⁷.

Deben anotarse, además dos cosas. Una, la mala distribución de la renta, sobre una base no de miseria, pero sí con altísimas rentas como las que muestran el duque y la duquesa. Porque todo el contenido de los capítulos XXX al LVII de la segunda parte es una especie de exhibición de la sociedad opulenta y ociosa con unos extremos que encajan perfectamente en la Teoría de la clase ociosa de Thornstein Veblen y con cuestiones sobre la alineación, de raigambre hegeliana y marxiana. De algún modo palpa don Quijote que es objeto de burlas y de sometimiento para entretener a una familia con unas rentas descomunales, y que a pesar de eso, se aburre. De ahí que al escapar rumbo a Barcelona entone aquella célebre oración que es tan conocida sobre la libertad: "La libertad, Sancho, es uno de los preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel a quien el cielo da un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!"⁴⁸. El irritante final de esta historia, con el relato de Tosilos⁴⁹ se enlaza con el aun más irritante contenido de los capítulos LXVIII, LXIX y LXX en los que los duques intentan seguir la mojiganga con un ya derrotado caballero.

En segundo lugar, debe destacarse el impacto que el bandolerismo creaba en aquellos tiempos en Cataluña, que para don Quijote coincide con sus relaciones con Roque Guinart. El enlace con un amigo de éste en Barcelona muestra -además están los trabajos de Reglá y, muy en especial los de Martín de Riquer- que había algo más que bandolerismo en este proceso. Esto lo explica muy bien Roque Guinart, en la carta que da a don Quijote para que

46 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo XXVI, pág. 144

47 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo XXIX, pág. 156.

48 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LVIII, pág. 279.

49 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LXVI, pág. 320.

fuera recibido por su amigo, don Antonio Moreno, “caballero rico y discreto”⁵⁰. En ella le decía “cómo estaba conmigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista⁵¹, se le pondría en mitad de la plaza de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y a su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con el se solazasen; él quisiera que carecieran de este gusto los Cadells, sus contrarios⁵². Los Niarros eran el bando de los nyerros -su emblema, era, por tanto, un lechoncillo- enemigos desde la parte final de la Edad Media de los cadells, cuyo emblema era, por lo tanto, un cachorro. Martín de Riquer agrega en relación con ambos bandos, convertidos en bandoleros a veces, a veces en políticos y siempre en dolores de cabeza de los virreyes: “Es difícil precisar la ideología que separaba a una parcialidad de otra. En esta época -en tiempos del Quijote- sólo parece prudente apuntar que entre los nyerros se encontraban con más abundancia los defensores de la vieja nobleza feudal y que los cadells defendían la política de las villas y pueblos. Más adelante, hacia 1640 tal vez, será posible caracterizar a los nyerros como simpatizantes de Francia y a los cadells como fieles a la Corona de España”⁵³. Todo esto es presentado como un freno al progreso de Cataluña, también perturbada en lo económico por el problema turco, que con la historia de Ana Félix Ricote se enlaza dentro de esta estancia de don Quijote en Barcelona⁵⁴, en su visita a las galeras. Don Quijote, que en las aventuras no se solía amedrentar, en esta “se estremeció y encogió de hombros y perdió la color del rostro”⁵⁵. Parecía que Cervantes comprende que la fuerza bélica del Estado moderno, que el conocía bien como excombatiente en las filas del mismo, hacía encogerse a aquella postrera derivación de la Edad Media que era el Caballero de los Leones.

La última aventura -dejando aparte las pantomimas citadas para transformar a don Quijote en un payaso, o incluso en un bufón, por los que parecen ser unos duques ociosos- es la que tiene lugar, a la vuelta de Barcelona hacia su casa, con unos cerdos. Se trataba de una piara que “llevaban unos hombres a vender a una feria”. Tenía “más de seiscientos puercos”⁵⁶. Con ello enlaza “el tropel de toros bravos y de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueiros y otras gentes que a encerrar los llevaban a un lugar donde otro día habían de correrse”⁵⁷.

50 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LXII, pág. 300.

51 Como señala Martín de Riquer en la nota 15 de la página 279 de Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LX, era “el 29 de agosto, fiesta de la Degollación de San Juan Bautista, no el 24 de junio, la de su Natividad”.

52 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LX, pág. 296.

53 Cfs. Martín de Riquer, El Quijote y el bandolerismo catalán, en Don Quijote, ob. cit., primera parte, pág. 28; la lectura de todo el ensayo, págs. 26-36 sirve perfectamente de fondo para entender el panorama catalán del Quijote.

54 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LXIII, págs. 307-311.

55 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LXIII, pág. 308.

56 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LXVIII, pág. 325.

57 Don Quijote, ob. cit., segunda parte, capítulo LVIII, pág. 285. Por supuesto que la ganadería brava era para diversión pero, como es sabido, es uno de los procedimientos típicos para convertir en proteínas pastos

También con “la polvareda que... levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que, por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían”⁵⁸. Incluso las cabras que han de cuidarse, y que, al incidir este cuidado con la marcha del discurso de los amores de Marcela y Grisóstomo, al ser atendido este ganado, conjuntamente, por asalariados diferentes, los cabreros, da la impresión de que los animales eran propiedad de habitantes de algún pueblo, quienes los enviaban a pastar en tierras de propios, o en las comunales. No se trataba -como señaló el profesor Flores de Lemus- en el caso de las cabras, de un animal de gente pobre, sino el modo racional de explotar zonas endorreicas de mucha salinidad, que precisamente abundan en La Mancha⁵⁹. Esta abundancia de ganadería muy diversa no es, precisamente, muestra de un ambiente de pobreza.

Nota final. La literatura puede ser fuente de descubrimiento de la realidad económica. Más de una vez he jugado con ello. Azorín o Antonio Machado, Santiago Rusiñol o el Padre Coloma, Pérez Galdós o Balzac, Dickens o Sinclair Lewis, enseñan más de la economía de los siglos XIX y XX, bien de la española, bien de la francesa, bien de la británica, bien de la norteamericana, que muchos estudios basados exclusivamente en algunos datos, o en algunas preconcepciones preparadas por historiadores de la economía. Cervantes no podía ser una excepción con la economía de ese momento crucial en nuestra vida española toda que fue el paso del siglo XVI al XVII.

Lo que se obtiene de la lectura del *Quijote*, cuando se hace con mente de economista, y además se contrasta, como en lo que antecede, con otras noticias sobre la economía de aquella época, es bastante claro. España, en aquellos momentos era un Estado potente, con unos súbditos que no se encontraban en condiciones comparativas malas, si las relacionamos con otros países. En el *Quijote* hay que insistir en ello, no se contemplan situaciones de miseria grave; tampoco de desnutrición, ni siquiera situaciones de hambre específicas. No es solo cuestión del campo. También debe enlazarse esta impresión que Cervantes vivió muchas veces en zonas urbanas; a ellas se refiere, una y otra vez en el *Quijote*. Si realmente el hambre, la miseria, reinasen en ellas, se trasluciría en su pluma de algún modo.

Se dirá que las cifras que se tienen del PIB por habitante de aquella España son ahora, adecuadamente homogeneizadas, más bajas que las de Bangladesh o análogas a las de Guinea Bissau, Togo, Tanzania o Zambia. Sin embargo, tras leer el *Quijote* no se obtiene la misma impresión que se desprende de cualquier relato sobre cualquier país muy pobre del África negra o del Asia del Indico. Sobre estas comparaciones de niveles económicos intertemporales queda aun mucho trabajo por hacer.

que ninguna otra subespecie vacuna utilizaría, por lo que tiene siempre un importante complemento de oferta de carne.

58 *Don Quijote*, ob. cit., primera parte, capítulo XVIII, pág. 155.

59 *Don Quijote*, ob. cit., segunda parte, capítulo XVIII, pág. 102.